



ELOGIO FÚNEBRE

DE LA SEÑORA DOÑA FRANCISCA DE PAULA PÉREZ
GÁLVEZ Y OBREGÓN, PRONUNCIADO EN LA IGLESIA
PARROQUIAL DE GUANAJUATO EL DÍA 12 DE OCTU-
BRE DE 1868.

*In omni spatio vitae ejus, non
fuit qui perturbaret Israel.*

Mientras ella vivió no hubo
quien turbara á Israel.

Judit, xvi, 30.

Hé aquí el breve pero elocuente elogio que al terminar su historia hace el Espíritu Santo de la inmaculada Judit. Rica y poderosa, é ilustre cuanto bella, la viuda de Manasés se entregó á la soledad y al retiro apenas bajó al sepulcro su esposo; y abandonando los suntuosos trajes de otros días, pasaba los meses vestida de cilicio y consagrada á la oración y á la penitencia. Era muy estimada de todos porque temía al Señor, y no había quien cebase en ella su maldiciente lengua (1). Amenazado Israel de inminente ruina, ella sola no cedió al temor general, y

(1) Jud., viii, 8.

dejando por un instante su aislamiento, no vaciló en exponerse á mil peligros por salvar á la nación hebrea. Modesta en su señalado triunfo, tornó luego á la vida austera y retirada, y murió después de haber vivido largos años sobre la tierra, bendecida de todos y santa en la presencia de Dios y de los hombres. Luto universal causó su muerte entre el pueblo escogido; todos derramaron amargo llanto al ver apagarse tan preciosa existencia, y solemnes exequias se celebraron durante siete días para honrar la memoria de aquella que había sido tan respetada y querida de sus compatriotas, tan heroica y tan temida de los enemigos, que durante su vida no hubo quien turbara á Israel.

Al postrarnos ante esa tumba recién abierta; al pedir arrodillados al Padre de las misericordias que reciba en sus brazos á la ilustre matrona que la muerte acaba de arrebatarnos, nuestros llorosos ojos se vuelven instintivamente hacia esa multitud de pobres y desvalidos que, merced á ella, no sentían las penalidades de la inopia; se presentan á nuestra imaginación esas grandes y numerosas empresas en que una inmensa muchedumbre de nuestro conciudadanos hallaba un remedio seguro á sus necesidades, y en que, al acrecer las riquezas de su benéfica señora, sabía el operario que trabajaba también para sí propio, que con-

tribuí al bienestar general, que los nuevos tesoros no quedarían encerrados en las arcas de su dueño, sino que tornarían á caer, cual suave rocío, sobre el pueblo con cuyos sudores se extraían de las entrañas de la tierra; repasa nuestra mente la historia de los últimos años que han transcurrido, y vemos siempre descollar á nuestra lamentada compatriota, como protectora de la Religión, apoyo y sostén de los sacerdotes y de las vírgenes del Señor, madre de los pobres, socorro de los atribulados, y columna, aunque escondida no menos robusta, de la casa de Dios. Al lanzar entonces una mirada á nuestro oscuro porvenir, al fijar de nuevo nuestra vista en el sepulcro que encierra sus mortales despojos, no podemos menos que exclamar entre hondos suspiros: Mientras ella vivió no hubo quien turbara á Israel.

En la Ley de Gracia no hay ante Dios judío ni gentil, bárbaro ni escita (1); pero existe siempre una raza predilecta, un pueblo privilegiado, un Israel del Nuevo Testamento, que Jesucristo prefiere, y distingue y favorece. Esta raza escogida son los pobres y los atribulados; los que, ya por voluntad propia, ya por disposición de la Providencia, despojados de bienes terrenos y cargados de aflicciones sin número, se elevan más fácilmente á Dios, pri-

(1) Colos., III, 2.

mer principio y último fin, y codician sobre todo su inestimable amor. Entre esta progenie de bendición resplandece con doble brillo, y bien puedo decirlo junto á este sepulcro, resplandece la tribu de Leví del Cristianismo, el sacerdocio católico, segregado del mundo y siempre en pugna con sus pompas; siempre vilipendiado y perseguido por los secuaces de Satanás. No abandona el Señor á su pueblo, y aunque á veces lo castigue por sus pecados, envía una tras otra á libertarlo y protegerlo, Pudencianas y Lucinas, Paulas y Marcelas, Franciscas Romanas y de Chantal, escogidas entre el sexo por esencia piadoso, y colmadas ellas mismas de bienes temporales, para que mejor acudan al socorro de sus predestinados. La voz del Señor ha resonado siempre por los labios de sus ministros en loor de estas santas matronas; el Sumo Sacerdote y los israelitas todos bendijeron á Judit por sus virtudes y hazañas, y el gran Jerónimo no cesa de alabar la penitencia y justicia de las ínclitas viudas á quienes sirvió de guía en sus caritativas empresas: no hacemos en este día tristísimo sino seguir tan preclaras huellas, al tributar en presencia del Dios vivo y al pie de sus altares, el homenaje de gratitud y alabanza que tanto mereció por sus virtudes, á la Señora Doña FRANCISCA DE PAULA PÉREZ GÁLVEZ Y OBREGÓN.

¡Tenedlo entendido, mortales! No es la vanidad la que aquí nos congrega; no es al orgullo humano á quien venimos á rendir indigno tributo de sacrílega adulación; no es esta pompa fúnebre como las que la incredulidad moderna os ha acostumbrado á presenciar. La gratitud es la que aquí nos llama; la gratitud cristiana, la religión, la piedad. Preparaos á escuchar las severas lecciones que os da esa tumba; inclinad la frente ante su terrible majestad, y prestad oído á ese mudo lenguaje de que mi voz no será sino débil intérprete. Lejos de vosotros todo sentimiento que no corresponda á la imponente solemnidad con que la Madre Iglesia circunda el féretro de los que mueren en el Señor: cristianos, humillaos ante ese Dios que abate y ensalza, que da la muerte y la vida, que lleva á los infernos y saca de ellos á su voluntad (1); mortales, respetad el sepulcro á que quizá bajaréis dentro de breves instantes.

¡El sepulcro! Hé aquí el término inevitable de nuestro viaje sobre la tierra. ¡El sepulcro! Hé aquí el principio de una nueva vida, feliz ó desgraciada, de eterna bienandanza ó de perdurables tormentos. ¡Feliz mil veces, dice la Escritura (2), quien durante su carrera mortal

(1) I Reg., II, 6.

(2) Ps. XLIV.

ama la justicia y aborrece la iniquidad (1); quien no engaña á su prójimo, ni ha dado su dinero á usura, ni recibe dones para oprimir al inocente! ¡Feliz aún más quien coloca con tiempo en lugar seguro las riquezas con que Dios lo ha agraciado, poniéndolas en manos del necesitado y del indigente! El Señor se las devolverá con ganancias en el día de la retribución (2). Detengámonos á meditar en estas verdades, recorriendo la historia de la ilustre difunta, y admirando en cada una de sus acciones la exactitud con que observó los divinos preceptos de la más estricta justicia; la generosidad con que practicó los consejos evangélicos de la más sublime caridad.

No extrañéis, señores, el que en un suelo republicano, y bajo una atmósfera en que se respira por todos lados igualdad democrática, hieran de repente vuestros oídos los olvidados nombres de nobleza y blasones, de riquezas heredadas, de ascendientes gloriosos. Todo es vanidad, todo es humo; esa pira funeraria lo pregona más alto que todos los filósofos, y el desengañado Salomón lo había proclamado con inspirado acento (3) siglos antes que surgieran esas dinastías y esa aristocracia cuyo

(1) Ps. XIV.

(2) Prov. XIX.

(3) Ecles., I.

poder deslumbró á los hombres, cuya caída llenó al universo de estupor. Pero no es menos cierto que riquezas y honores son dones del Altísimo, con que se sirve agraciar á algunos de sus predestinados, imponiéndoles en proporción mayores obligaciones (1), y colocándolos sobre el áureo candelabro para que resplandezcan sobre las creaturas menos favorecidas (2). El servirse de estas gracias singulares para fomentar el orgullo y ofender al autor de todos los bienes, es un crimen digno del más solemne vituperio; el aprovecharse de tan insignes privilegios para llevar á cabo los designios de la Providencia, para dar gloria á Dios y socorrer al indigente, para hacer que el Señor sea alabado y bendecido, y que su santo nombre se lleve hasta los confines de la tierra, ¡oh! esta nobleza no es vanidad de vanidades; estos blasones son dignos de ornar el templo del Santo de los Santos; éstos son timbres que merecen elogiarse en el recinto mismo del santuario, y que todo cristiano debe admirar, sea cual fuere el país y la época en que viva (3).

Era el año de 1568. La capital de la España presenciaba un espectáculo más admirable aún que las recientes victorias de Hernán Cortés.

(1) S. Greg. Mag., hom. 9 in Math.

(2) Math., v.

(3) Cf. Chrysost., hom. 58 in Math.

Un noble caballero burgalés se desceñía de repente la espada, y fundando un hospital con sus cuantiosos bienes, establecía una congregación religiosa para el servicio de los enfermos, poniéndose él mismo al frente de la caritativa legión que hasta hoy día conserva su nombre. Era Bernardino de Obregón. Dos siglos después, un heredero de tan ilustre apellido se veía inesperadamente elevado por la Providencia al rango de que las vicisitudes de la fortuna habían privado por largos años á sus modestos adueños. Esa montaña que hoy encierra el monumento más grandioso de nuestra ciudad, se abría de súbito con imponente estrépito, y depositaba sus inmensos tesoros en manos del primer conde de Valenciana, el piadoso y benéfico D. Antonio de Obregón.

De Dios le vinieron tan inesperadas riquezas, y á Dios se apresuró á devolverlas el agradecido caballero. Testigo de su religiosa gratitud, todavía pregonan sus glorias los suntuosos templos por él erigidos y los hospitales dotados por sus arcas; y bajo la máscara que hoy lo cubre, nos echa en cara nuestra indiferencia el espacioso convento que floreció para dicha nuestra, merced á su largueza. De una hija del egregio varón, unida ante la Iglesia en santo matrimonio al coronel Conde de Pérez Gálvez, nacía en esta ciudad, siete años antes de expirar el siglo XVIII, la virtuosa mu-

jer que hace treinta días tornaba al seno del Creador (1).

¡Cuán plácida y feliz se deslizó su primera infancia! La paz reinaba imperturbable en nuestro suelo; la agricultura florecía, y, sobre todo, nuestras minas riquísimas no cesaban de rendir inagotables tesoros. En cuna de oro se meció la tierna niña, y sus primeros pasos fueron sobre alfombras preciosas y entre adornos y joyas de inestimable valía. Pero estos pasos se dirigieron al templo, y sus primeras lecciones fueron en la piedad, en la munificencia, en la generosidad. Casi no había templo de nuestra ciudad en que, al arrodillarse ante la oculta majestad del Dios humanado, la inextinguible lámpara que ardía ante el Sacramento Eucarístico no le recordase á su ilustre abuela, cuyos tesoros alimentaban continuamente este símbolo de la vigilancia y adoración cristiana (2). Cada día presenciaba, aunque todavía sin comprenderlo, los constantes ejemplos de generoso desprendimiento que, ya remitiendo deudas, ya erogando limosnas, ya abandonando las ganancias menores á otros menos ricos, le daban sin cesar sus esclarecidos

(1) Nació en Guanajuato el 8 de Febrero de 1793 y falleció en Méjico el 11 de Septiembre de 1868.

(2) Véase el testamento de la primera Condesa de Valenciana.

padres. No os parezcan estos rasgos de leve importancia; ella se complacía en sus últimos años en repetirlos á menudo, comparándolos con la avaricia y ruindad que distinguen á nuestra sociedad actual, y se ve que dejaron en su alma una impresión profunda, y fueron la semilla de esa beneficencia sin límites y de esa caridad inagotable, cuyos opimos frutos hemos recogido.

No hay tesoro en la tierra que pueda compararse á una madre cristiana. ¡Dichosa la hija á quien concede el Señor un dón tan precioso; cuya madre está profundamente penetrada de que la maternidad, como dice el Crisóstomo (1), no consiste en dar á luz el fruto de las entrañas, sino en educarlo con particular anhelo y cuidar de que crezca en virtudes al crecer en años, y que nunca pisen sus plantas el sendero de la iniquidad! Tal dicha cupo á la tierna heredera de los Pérez Gálvez: jamás la separó de su lado la piadosa mujer que le dió la existencia, y la apartó de los peligros y de los escollos que suelen hallarse al entrar en la juventud, conservándola casi siempre lejos de las ciudades. Esta educación engendró en el pecho de la niña ese amor filial y esa obediencia tan acendrada, que después la condujeron, risueña y contenta, hasta

(1) Chrysost., serm. 1 de Ann.

sacrificarse en las aras de la voluntad maternal.

No debía durar largos años esta era de tranquila felicidad. La discordia encendió su tea destructora, y la Muerte cubrió todo nuestro bello país con ese velo fúnebre que en más de medio siglo no hemos podido levantar. La guerra de independencia, con sus destrozos y sus horrores, sus matanzas y sus represalias, asoló nuestras ciudades y nuestras campiñas; y vosotros, señores, podéis mejor que yo narrar la triste historia de esa larga lucha que segó tantas vidas preciosas y absorbió mil fortunas colosales. ¿Qué se hicieron tantos suntuosos edificios, cuyas ruinas nos demuestran hoy día su primitiva magnificencia? ¿Dónde fueron esos tesoros que yacían apiñados en cada habitación de nuestra opulenta ciudad? ¿Cómo se agotaron esos ricos veneros de oro y de plata con que por tantos años habían saciado nuestros montes la codicia del universo?

¡Ah, señores! ¡Qué tristes recuerdos para los que fuisteis testigos de tan doloroso espectáculo! Muchos de vosotros vivíais ya en esa época luctuosa, y visteis los terribles estragos de la ira divina desencadenada sobre nuestros padres. Irritado el Señor por los pecados de un pueblo que tanto había favorecido, nos envió plaga sobre plaga, y todos, grandes y pequeños, pobres y ricos, nos doblegamos bajo

el soplo de su justicia. Pero, como acaece en todas las tempestades, el rayo hirió de preferencia los árboles más altos y las torres más elevadas, y cayeron hechas pedazos las almenas de los alcázares condales de Valenciana y de Pérez Gálvez. La tribulación es una escuela terrible pero provechosa en extremo, de que el Señor no priva jamás á los que destina á grandes cosas sobre la tierra, y por ella atravesó en la flor de sus años la joven señora. Pasado, es cierto, el primer soplo del furioso huracán, siguió bogando todavía majestuosa la combatida nave de su fortuna mundanal; y á los ojos de los hombres nada podía turbar su felicidad, sino el recuerdo de que antes había sido aún mayor. Pero hay amarguras y aflicciones tanto más punzantes cuanto son ocultas; tanto más penosas cuanto se tienen que devorar en silencio. El Señor se complace en mandarlas á los grandes de la tierra para mejor purificar sus almas de las manchas que no deja de contraer el que vive en medio de las pompas y vanidades del mundo; para hacerles comprender que no son las riquezas las que dan la verdadera felicidad, y que los honores y los aplausos de los hombres de nada aprovechan al que no nutre en su corazón una piedad sólida y un amor profundo á la virtud. Así separa sus afecciones de los bienes terrenales; así les inspira compasión y benevolencia hacia los des-

graciados; así los hace vivir en medio de sus tesoros cual si nada poseyeran (1); y mientras más es el amor que profesa al que de esta manera atribula, mientras mayores son acerca de él los designios de su Providencia, más y más le hace sentir sus tremendos castigos (2). Este cáliz de amargura lo propinó el Señor en su misericordia á la joven Francisca, quien no rehusó beberlo hasta las heces: era ya esposa.

De tribulación en tribulación, de prueba en prueba, de virtud en virtud, conduce Dios gradualmente á sus escogidos por la senda que él mismo les traza: en el transcurso de breves años era huérfana y viuda D.^a Francisca Pérez Gálvez. Aquí es donde comienza, señores, su verdadera historia; esa historia tan fecunda en ejemplos de piedad y desprendimiento, de abnegación y fortaleza, de beneficencia y caridad, que sería imposible narrarlos todos, aun ciñéndonos sólo á los que pasaron á la faz del mundo. Aquí es donde vemos á la opulenta heredera de una fortuna, aunque disminuída todavía colosal, empezar á ser la protectora declarada del moderno Israel, la madre de los pobres, la ciudad de refugio de los Levitas de la Nueva Ley.

Transportaos por un momento, señores, á la época en que por vez primera ocultó su

(1) II Cor., VI.

(2) Heb., XII.

frente bajo las tocas de la viudez. Méjico era ya independiente, mas nunca feliz. La patria había ganado su libertad; pero los patricios que antes formaran su aristocracia habían perdido bajo el nuevo régimen sus títulos, su influencia, su rango, y estaban en peligro de ser despojados aun de los bienes que no había podido devorar la revolución. Muchos, por tanto, de la antigua nobleza abandonaron el suelo independiente del Nuevo Mundo, y buscaron en la madre patria un asilo donde conservar sus blasones y poner en salvo el resto de sus tesoros.

¿Por qué no los imitas, rica heredera de una de las casas más opulentas de la América española? ¿Por qué no atraviesas los mares, y corres en busca de los placeres y honores que te dan derecho á esperar en la corte los títulos vinculados en tu familia, tu juventud aún lozana, tus riquezas deslumbradoras? ¿Qué esperas en esta tierra ya para ti inhospitalaria, en que la paz no podrá reinar en adelante, que ya no te dará tesoros, sino antes bien consumirá tus rentas?

¿Qué espera, señores? Espera llevar á cabo la misión sublime que le impone la elevada posición social, en que, á pesar de los trastornos políticos, la mantiene la Providencia. Espera seguir el noble ejemplo de sus antepasados empleando sus tesoros en fomentar el culto

divino, en socorrer al indigente, en dar trabajo á millares de desvalidos que la guerra ha dejado sin pan, y en protegerlos contra los abusos del fuerte y del avaro. Por eso permanece en su patria, sin abandonarla ni un solo momento aun en los días de mayores angustias; sabe los deberes que imponen la nobleza y el rango, y se apresta á llenarlos como cumple á una matrona cristiana, renunciando para siempre á los goces terrenos y al fasto de las cortes, y permaneciendo hasta la muerte en el santo estado de casta viudez.

¡Bien necesitaba de su protección el pueblo mejicano, y en especial el de nuestra ciudad! Agotados los caudales y paralizadas las empresas, el pobre carecía de trabajo, y al que había sido rico faltaban recursos para proporcionarlo á los que fueran sus operarios, especialmente en el incierto laboreo de nuestras engañosas minas. No había más recurso que arrojarlos en los brazos de especuladores sin entrañas, que exigían por el dinero de iniquidad que en mal hora prestaban, exorbitantes intereses que arruinaban en breves años al que se sometía á tan tirana operación. La usura había inaugurado entre nosotros su ominoso reinado, y sólo Dios sabe hasta dónde habría extendido sus sangrientas conquistas sin el valor de la generosa viuda que puso un dique á su funesta dominación.

¡Ah señores! ¡Que no sean estériles nuestras lágrimas en derredor de esta tumba! Jurad sobre su lápida exterminar de nuestra patria ese monstruo infernal que se ha desencadenado contra nosotros. ¡La usura! Abrid las sagradas páginas de los libros inspirados, y en cada una la veréis condenada, aborrecida, estigmatizada. ¡La usura! Pasad vuestros ojos por los salmos que David cantaba en su desgracia, y hallaréis que uno de los males más funestos que impreca sobre sus gratuitos enemigos es que el usurero escudriñe y se lleve toda su hacienda (1). ¡La usura! ¿Qué hay en el mundo más torpe ni más cruel (2) que este vicio detestable que se cubre con la capa de la misericordia para mejor despojar al infeliz, y que desgarrá más que una víbora (3) el alma del que la abriga? ¡La usura! ¿Y quién no la maldice, quién no la hiera con sus sátiras, quién no la abrasa con sus anatemas? ¿Y es posible que esta cortesana envejecida, cubriendo sus arrugas con asquerosos afeites y ocultando sus descarnados miembros con adornos de falso oropel, haya logrado seducir en nuestros días aun á jóvenes gallardos, ricos, ilustres, con los brazos robustos para el trabajo, y con un porvenir tan ri-

(1) Ps. CVIII, 11.

(2) Chrysost., hom. 5 in Math.

(3) Idem, hom. 57 in eundem.

sueño como puede prometerlo esta vida falaz? ¡La usura! ¡Ah señores! Yo os repito con toda la energía del cristiano que habla al borde de la tumba; con toda la autoridad del sacerdote que os lo intima en nombre del cielo; con todo el celo del hermano que no quiere, no, que por una falsa ganancia se pierdan vuestras almas: ¡jurad exterminarla! Escuchad la voz del Rey Profeta, que os declara que sólo podrá ascender al monte santo de Dios el que no ha dado su dinero á usura: *qui pecuniam suam non dedit ad usuram*.

De estos seres privilegiados es sin duda la benemérita matrona que tanto lloramos. No sólo no defraudó jamás al pobre ni al rico de sus legítimas ganancias; no sólo no exigió jamás del necesitado un premio indebido por los favores que le prodigaba, sino que mientras vivió lo libertó de las garras del especulador y del logrero, ni dejó que nadie lo perturbase con exacciones onerosas ni injustos vejámenes. Tal hizo sobre todo con los habitantes de esta su ciudad natal, que, aunque hacía largos años no era su residencia, continuaba siendo el objeto de su predilección. ¿Qué otro fin tuvieron esas empresas de minas, tan azarasas, tan inciertas, en que nada se podía esperar y sí eran de temerse inmensas pérdidas poco menos que seguras? El éxito lo ha demostrado, señores, y bien lo sabéis cuantos os agrupáis en torno

mío. No ignoráis que, al proponérsele algún contrato, jamás pasaba los ojos sobre las cifras que representaban los enormes gastos que debían sufragar sus arcas, ni se detenía á pesar las probabilidades del buen ó mal éxito. «¿Se violan los derechos de mis vecinos? ¿Se menoscaban las prerrogativas de la Iglesia? ¿Se oprime en lo más mínimo al pobre? ¿Se ofende en modo alguno al Señor? ¡Oh! Entonces dejadlo, dejadlo; ni soñéis en esa especulación deshonorosa, y aunque me produzca millones, los desprecio, los detesto, los abomino.» Tal era, señores, su lenguaje; y ¿quién de vosotros podrá desmentirme? Por eso la casa de Pérez Gálvez jamás se manchó con la torpe compra de un palmo siquiera de terreno eclesiástico; por eso los fértiles campos de sus inmensas propiedades enviaban fielmente á los Pastores de la Iglesia la décima parte de las cosechas que por beneficio de Dios anualmente rendían; por eso, conforme á la tradición de la casa de Valenciana, una iglesia señalaba siempre sus posesiones, y su primer cuidado era dotar ministros evangélicos que predicasen la ley del Señor y los principios de eterna justicia; por eso se empeñaba con maternal anhelo en desarraigar los vicios de la muchedumbre que comía su pan, y tenía tan á pechos el establecer un banco de ahorros que asegurase un porvenir á nuestros mineros, y disminuyese

esa prodigalidad que los distingue y los conduce á la miseria y al crimen.

Por el contrario; aunque las pérdidas fuesen irreparables, aunque tuviesen que agotarse los productos de sus fincas, que el triste estado de nuestra patria disminuía cada vez más, nunca retrocedió ante una empresa que pudiera contribuir al alivio de sus semejantes. «¿Se da gloria á Dios? ¿Se suministra al pobre trabajo? Pues adelante: no miréis las pérdidas; no reparéis en las expensas: contad, sí, los millares de infelices que puedo arrancar á la inopia, y gastad, gastad sin temor, vaciad mis arcas sin escrúpulo.» Sé que hay entre vosotros quien oyó estas admirables palabras en una época no muy remota, y en que sólo por caridad y desprendimiento cristiano pudo haberse iniciado una empresa como la que ella no vaciló en acometer.

¡Vosotros, los que acostumbrados á vivir entre estas ricas, pero falaces montañas, sabéis que una mina no es una fuente perenne de preciosos metales; que habéis palpado que en sus ingratas entrañas hallan su tumba muy á menudo la ambición y la codicia; que por larga experiencia conocéis que en cambio de una fortuna, quizá pasajera, con que alucina á algún dichoso, absorbe el fruto de largos años de trabajo y sudores de cien infelices! Decid vosotros: ¿qué se hicieron esos millares investi-

dos en el laborio de una mina que bien sabía la señora los dejaría sepultados para siempre en sus profundas cavernas? ¿Cuándo devolverá la tierra lo que en tan corto tiempo devoraron sus ávidas fauces?

Lo devolverá, señores, no lo dudéis; lo devolverá centuplicado en el día de la retribución. A esta hora ya lo han llevado al cielo las manos de los pobres que esos tesoros socorrieron; porque lo que á los ojos del mundo pudo parecer especulación vulgar, no fué sino limosna en la mente generosa de la cristiana señora, como lo fueron todas sus empresas desde que ella sola tuvo la administración de sus cuantiosos bienes.

Rica desde la cuna, ¿qué negociación no pudo emprender, qué comercio no estuvo en su mano probar, qué especulación no le fué dado acometer? En una sobre todas se fijó su noble corazón; en aquella negociación que experimentó la mujer fuerte de la Escritura y halló que era la más lucrativa del universo: la limosna; la limosna que no conoce límites, la limosna que sobrepuja todos los obstáculos: *gustavit et vidit quia bona est negotiatio ejus* (1).

Cuando, conforme al consejo del Evangelio, ni su mano izquierda sabía las buenas obras

(1) Prov., XXXI.

que practicaba la derecha (1), ¿qué podré yo deciros de esas limosnas cuya cantidad y mérito son conocidos de Dios solo? Hablen por mí las lágrimas de los pobres; suplan á mis encomios los gemidos de los huérfanos; pregonen en vez mía sus alabanzas las exclaustradas vírgenes del Señor. Todos, al caer de rodillas ante el ataúd que contiene sus preciosos despojos, exclaman en ese lenguaje del dolor que todos comprenden y que penetra hasta el fondo del alma; mientras ella vivió no había que temer la miseria, ni las enfermedades, ni los desmanes de la impiedad; ella nos socorría, ella era nuestro refugio, ella era nuestro amparo; mientras ella vivió no hubo quien turbara á Israel.

¿Qué podré deciros, sino uno que otro secreto arrancado al inexpugnable castillo de la cristiana humildad? Escuchad, empero, algunos rasgos que el Señor no ha permitido quedasen sepultados en el silencio de la tumba. ¡Oh! Si hubiéramos podido seguir á la piadosa matrona al apartado santuario consagrado á la Reina de los Angeles, adonde se complacía á menudo en ir á dirigir sus fervientes plegarias; si hubiéramos podido contar las incesantes limosnas que, por mano del celoso sacerdote que allí velaba día y noche al pie de los altares, distribuía á millares de necesitados que aún ignoraban la fuente de que salían los socorros; si hubiéramos podido escuchar las santas con-